

Fin de los asmóneos. La conquista romana

Al conocer la muerte, apoyándose Aristóbulo en los cuerpos diseminados en las provincias, se proclamó rey, mientras el gran sacerdote Hircano se proclamaba también en Jerusalén. La batalla entre ambos hermanos tuvo lugar cerca de Jericó. Los soldados de Hircano se pasaron casi todos a Aristóbulo. El inepto gran sacerdote se refugió en la torre Baris y luego capituló. Aristóbulo fue rey y pontífice, e Hircano sólo conservó el derecho a gozar su fortuna en la ociosidad. Su mísero reinado había durado tres meses.

Al parecer podía haber perdurado esta situación, pero las malas costumbres de Siria habían echado a perder a Israel. Ya no existía ese *minimum* de moraliad sin el cual no puede durar una dinastía. El débil Hir-

cano fue juguete de intrigas a que le entregaba sin defensa su torpeza. Procedió el mal de una gran familia idumea que iba a representar en los asuntos judíos un papel importantísimo.

Alejandro Janneo había nombrado gobernador de Idumea a un tal Antipater, seguramente oriundo de Ascalón, circuncidado cuando Juan Hircano conquistó el país. Su hijo Antipater debió de ocupar después el mismo puesto. En la época que estudiamos tuvo un hijo, llamado a los destinos más extraordinarios.

Antipater no era judío, ni religiosa ni patrióticamente. Tenía más relaciones con los nabateos de Petra. Valiente y emprendedor, no podía Aristóbulo servir a los proyectos de este ambicioso. En cambio, Hircano le era más conveniente, y sin cesar le repetía que era el soberano legítimo. Le hizo creer que no tenía segura la vida en Jerusalén y le determinó a refugiarse en Petra. Antipater convenció a Hareth, jefe de los nabateos, para que devolviera a Hircano sus Estados, siempre que éste devolviera a los árabes las ciudades tomadas por Alejandro Janneo.

Derrotado Aristóbulo por Hareth, se encerró en el recinto del templo. Jerusalén quedó dividida entre ambos hermanos: se empezó el sitio del templo y ardió la guerra civil en la montaña sagrada. Indignados los verdaderos judíos, dejaron la ciudad y se refugiaron en Egipto, para no tener contacto con los profanadores.

El cerco se prolongó. En la fiesta de Pascua, el año 65, los sitiados no tenían vituallas y las pidieron a precio de oro a los sitiadores, que los engañaron, o, según otros, les enviaron un cerdo. Los partidarios de Hircano sacaron de su escondrijo a un tal Onías, que pasaba por taumaturgo, y que exclamó: «Ya que los de la parte de acá son de tu pueblo y los de la de allá tus sacerdotes, te ruego, Dios mío, que no ayudes a unos contra otros.» Hablaba razonablemente, y por lo mismo fue apedreado.

Al mismo tiempo que los hijos de Israel se entregaban a una guerra abominable alrededor de la casa de Dios, una fuerza colosal corría alrededor del mundo, triturándolo todo a su paso, pero estableciendo por doquier la paz y una apariencia de razón. Hacía un siglo que Roma reinaba moralmente en Oriente por su influencia, que hacía y deshacía reyes, dando el triunfo al que en ella se apoyaba. Recorría el ejército romano todo el Asia, sin que pudieran compararse con él los ejércitos asirios, los persas ni los de Alejandro. Mitrídates había sido arrebatado como una arista por el torrente al cual quiso poner dique. Pompeyo estaba en Armenia, como dueño absoluto de Asia. De un golpe acabará él con estas divisiones miserables, con estas dinastías locales, y su sistema de mercenarios, que hacía agonizar a Siria. A Roma no le importa la religión. Deja su libertad de pensar a todo el mundo. Tal es su inmensa superioridad. Roma es una razón grosera, pero una razón. No cometerá la falta de Antíoco Epifanio. Guardará la religión romana para los romanos, pero dará al mundo lo que éste desea, la paz, el orden, la posibilidad de que el individuo viva a su gusto bajo la alta protección del Estado.

Colmados así todos los egoísmos, Roma tenía la dominación, y las provincias tenían el reposo. Desde el fondo de Armenia, Pompeyo vigilaba a Oriente, y envió a Siria a su teniente Emilio Scauro, el año 65 antes de Jesucristo. Todas las poblaciones, todas las dinastías rivalizaron en ba

jezas para obtener sus favores. Tiro le levantó una estatua y le nombró patrono suyo. Los dos partidos que se batían alrededor del templo de Jerusalén le enviaron un embajador. Cada uno le ofrecía cuatrocientos talentos. Scauro confió más en las proposiciones de Aristóbulo y se decidió por él. Hareth levantó en seguida el sitio y se volvió a Petra, perseguido por las tropas de Aristóbulo. Éste gobernó algún tiempo, apoyándose en el ejército, haciendo por mar y tierra expediciones calificadas de pirateñas y que realmente lo parecían.

En el año 63, después de haber ejercido Pompeyo en Siria una especie de inspección de policía y de ejecutar a varios tiranos, algunos de los cuales eran judíos, llegó a Damasco, donde le prestaron homenaje Siria, Egipto y Judea. El enviado de Aristóbulo le llevó una viña de oro que costó 500 talentos y fue depositada en el templo de Júpiter Capitolino en Roma. Tuvo lugar en Damasco una especie de visita de pleito, bajo la presidencia de Pompeyo. La nación judía fue representada por un abogado, el cual sostuvo que el *ethnos* judío estaba igualmente separado de ambos competidores, que no tenía preferencia por ningún monarca, que la costumbre nacional era obedecer a los sacerdotes de Dios, y que los dos rivales intentaban cambiar la forma del poder y convertirlos en esclavos.

Aristóbulo fingía un aspecto duro, violento y agresivo, que desagradó a Pompeyo. Éste no quiso decidirse en el acto. Trató de calmar a los dos rivales y anunció un viaje a Jerusalén cuando hubiera arreglado los asuntos de los nabateos. El comportamiento de Aristóbulo en los meses siguientes fue un tejido de inconsecuencias, de faltas a su palabra y de ligerezas. Habría preferido recibir la corona de manos de Pompeyo, lo que significaba una fuerte garantía, pero al mismo tiempo acariciaba la idea loca de enfrentarse a los romanos. Pompeyo, cuyo campamento estaba en la llanura de Jericó, se impacientaba y salió una mañana para Jerusalén. A mitad de camino Pompeyo vio venir a Aristóbulo, haciendo mil protestas y ofreciéndose a introducir pacíficamente a los romanos en Jerusalén. Pompeyo aceptó y envió a su teniente Gabinio para que tomara posesión de la ciudad. Nada de lo que había dicho Aristóbulo era cierto. Gabinio fue muy mal recibido. Enfurecido Pompeyo, mandó encarcelar a Aristóbulo y se aproximó a Jerusalén para sitiarla.

El sólido ejército de Aristóbulo era el elemento que más tendía a la resistencia. Los fariseos, indiferentes en el fondo, estaban más bien por que se abrieran las puertas a los romanos. Hircano trabajaba de forma activa para que los habitantes no hicieran causa común con su hermano. Aquella no fue una guerra contra el pueblo judío, sino contra Aristóbulo y sus mercenarios.

La ciudad propiamente dicha se abrió a Pompeyo y su legado Pisón lo preparó todo. El general romano se instaló en el palacio real de los asmóneos, muy cerca del muro del templo. Se encerraron los soldados y algunos sacerdotes en el recinto sagrado y se cortó el viaducto que comunicaba el templo y la ciudad, por encima del valle de Tiroleón. El ataque fue sobre todo por la parte del Norte. Hircano auxiliaba cuanto podía los trabajos de los romanos. Se mandaron venir de Tiro máquinas de sitio y pronto se pudieron arrojar enormes pedruscos contra el templo. La espe-

cie de frenesí con que los judíos se agarran a las cosas cuando se oponen a ello dificultades particulares, llegó entonces a la locura. El principio adoptado era que el día del sábado se podían rechazar los ataques y devolver los golpes al enemigo, pero no impedir a éste que hiciera las obras que le pareciese. Esto dañó mucho a los sitiados, pues el enemigo preparaba tranquilamente sus máquinas el sábado y las utilizaba al día siguiente. A pesar de las piedras que caían sobre el templo, no se interrumpió ni un día el culto. El sacrificio perpetuo que se celebraba por la mañana a la hora nona, no faltó ni una vez. El día del asalto final fue horrible la carnicería alrededor del templo; pero los encargados del culto prosiguieron, sin embargo, las ceremonias habituales.

El 10 de octubre del 63, finalizado un sitio de tres meses, se abrió la brecha con la caída de la torre principal. El ejército romano adelantó como una fuerza irresistible. Cornelio Fausto, hijo de Sila el dictador, subió el primero al asalto de su cohorte.

Los que estaban a favor de Aristóbulo se defendieron fieramente y casi todos fueron muertos o se mataron de desesperación. Como la ciudad propiamente dicha estaba con los asaltantes, pronto se restableció el orden. Los romanos habían sufrido pocas pérdidas.

La hazaña había sido bastante fácil, y las gentes de ingenio de Roma, aunque fueran del partido de Pompeyo (Cicerón, por ejemplo), cuando querían recordar la inclinación que aquel gran capitán tenía a enorgullecerse por poca cosa, le llamaban *Hierosolymarius*.

Estando rodeado Pompeyo de sus oficiales entró en el templo, penetró hasta el fondo del santuario, vio la mesa de oro, el candelabro, los perfumes y montones de oro que llegaban a 2.000 talentos. Nada tocó, portándose con la mayor decencia, hecho que agradó mucho a los judíos. Al día siguiente el general romano lo mandó limpiar todo y ordenó que se reanudara la liturgia diaria.

De este modo cayó, hacia el año 63, la monarquía salida del heroísmo de los asmóneos y que siempre había sido un contrasentido. A los judíos no les importó gran cosa aquella caída. Los vencidos del año 63 no tuvieron el consuelo que los vencidos suelen tener, que es calumniar a sus vencedores. La leyenda no trató a Pompeyo como a Nabucodonosor y a Tito. Se admiró moderadamente, se comprendió que se había portado como lo hacía esperar su virtud. La caída de los asmóneos fue un alivio, un respiro para Israel, que estaba reducido casi exclusivamente al partido fariseo. El partido fariseo no tenía afición a la monarquía. Resumiendo, el vencido por Pompeyo fue el partido militar o, si se quiere, el patriota.

El pueblo ¿qué motivo tenía para entristecer? Nada le importaba la realeza ni la independencia nacional. No quería más que la libertad religiosa; deseaba un estado de cosas en que poder practicar con libertad la ley y entregarse a sus sutilezas casuísticas. Los fariseos, en el fondo, preferían Roma, que no se metía con la religión, a una dinastía nacional, pero antipática a sus ideas. El fariseo era contrario a la política que de una u otra manera significaba desigualdad de clases. El judío es democrata por naturaleza; tiene afición a la igualdad; no gusta de la fuerza armada; no admite más mérito que la santidad. El doctor que explica la ley

es para él más que el sacerdote, más que el príncipe, más aún que el templo, más que la patria.

Resultó más fuerte el fariseísmo de esta crisis que parecía ser la tumba de la nación. El sacerdote, según la constitución judía, era el aristócrata, el rico. La modesta comodidad de los fariseos era una crítica del lujo de aquellos altos personajes. Tenemos de ella un testimonio en el tiempo de que hablamos. Dice Estrabón que dio una vez con un judío liberal, opuesto al sacerdocio y al poder temporal. Le fue difícil formarse una idea clara de su sentir respecto al templo. «Lo detestan como guarida de tiranos y lo veneran como santuario.» La revolución que hizo Pompeyo se consideró beneficiosa para el pueblo. Se perdió la nacionalidad, pero de hecho ganó la república.

Hircano fue confirmado por Pompeyo en el pontificado, pero sin autoridad ninguna profana. El sumo sacerdote fue vasallo de Roma, nombrado por la autoridad romana. Los que más habían impulsado a la guerra fueron decapitados. Jerusalén fue tributaria de Roma. Las conquistas de Juan Hircano y Alejandro Janneo en Celesiria quedaron anuladas. Las ciudades libres destruidas o sometidas por los judíos recobraron la libertad. Gadara fue reconstruida por orden de Pompeyo, a petición de su liberto Demetrio de Gadara.

Samaria no se reedificó todavía, pero desapareció el yugo durísimo impuesto por los judíos a sus hermanos. Samaria no dependió de Judea, cuyo dominio territorial se compuso de dos grupos: Judea y Galilea, separadas por Samaria, zona hostil.

Siria se convirtió completamente en provincia romana, cuyo primer procónsul fue Scauro. En aquel mundo de odios y rivalidades fue como un juez. La justicia romana costaba cara: en poco tiempo se pagaron más de 10.000 talentos. Pero la ocupación romana no dejó de ser obra beneficiosa y libertadora. Las ciudades libres de la región del Jordán, que se había de llamar la Decápolis, deben su existencia a Pompeyo. El paso de éste fue para todo Oriente un renacimiento y la cosa más favorable para la evolución del judaísmo. El cristianismo era, en esencia, negativo, como la monarquía nacional, que es el peor obstáculo para la libertad.

El infeliz Aristóbulo siguió a su vencedor, encadenado, con sus dos hijos y sus dos hijas. Uno de los hijos, llamado Alejandro, se escapó. El otro, Antígono, fue llevado a Roma con sus hermanas y figuró en el triunfo de Pompeyo. Muchos esclavos judíos fueron llevados a Roma y sirvieron de núcleo a la colonia judía de Roma, que tuvo tan brillantes destinos.